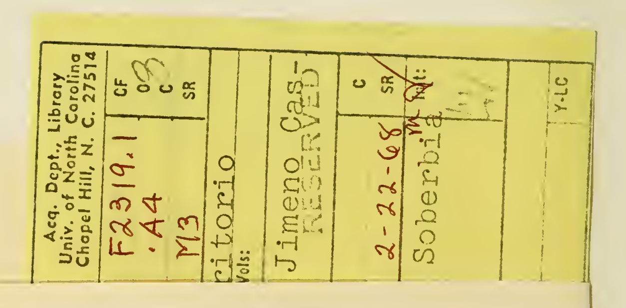

Acq. Dept., Library
Univ. of North Carolina
Chapel Hill, N. C. 27514
F2319.1
.A4
M3
Jimeno Cas-
RESERVED
2-22-68
Soberbia
Y-LC


F2319.1
.A4
M3

Martín Matos Arvelo

Algo sobre etnografía

DEL

TERRITORIO AMAZONAS

DE

VENEZUELA.



Imp. y Encuadernación de Benito Jimeno Castro
Ciudad-Bolívar (Venezuela)
—1908—

Martín Matos Arvelo

Algo sobre etnografía DEL TERRITORIO AMAZONAS DE VENEZUELA.



Imp. y Encuadernación de Benito Jimeno Castro
Ciudad-Bolívar (Venezuela)
—1908—

LOS BANIBAS

A TAVERA-ACOSTA.

El Territorio Amazonas está poblado por multitud de tribus indígenas y algunos civilizados, que se califican de *racionales*.

Cada tribu tiene su lengua ó dialecto, sus costumbres y sus tradiciones.

Las tribus Guahiba, Guaharíba y Cuiba son las más bárbaras y refractarias. Las tribus Baré y Baniba son las más civilizadas y mansas.

Me concretaré á escribir sobre la gran tribu Baniba, habitadora del río Atabapo y parte del río Guainía, pues con ella he tenido más trato y conozco bastante sus costumbres; así es que todo lo que diga en esta relación, se refiere generalmente á dicha inteligente tribu.

Lo que no hemos podido alcanzar los blancos derrochando raudales de sangre y esfuerzos titánicos, lo han obtenido los indios sin esfuerzos y sin sacrificios: la igualdad y la unión. La verdadera fraternidad predicada por Krishna y luego por Cristo, siglos más tarde.

Todos los indios son iguales y todos son unidos; entre éllos ninguno es más ni mejor que otro. No tienen aristocracia ni plebe. Á todos los ancianos se les llama abuelo, tío ó suegro; á todos los jóvenes nieto, sobrino ó yerno; y los de igual edad se llaman recíprocamente *nuri*, ó sea cuñado. Su unión es tal, que en sus pueblos comen todos juntos, hombres y mujeres, en cucli llas, en círculo, en mitad de la plaza, presididos por su capitán ó casique. En ese banquete diario cada uno contribuye con lo que tiene, es decir, lo que ha traído de sus excursiones de pesca ó cinegéticas; y todos con algo de cazabe y de *yucuta*. El duelo de uno es el duelo de todos; la alegría de uno es la alegría de todos. No disputan ni riñen jamás entre sí, salvo en algunos casos de embriaguez. No acusan al compañero ni le delatan; si vá en fuga por cualquier circunstancia todos le proporcionan recursos y elementos para su rápida

marcha ; y si se les pregunta, no saben nada ni han visto á nadie. Sienten horror por la efusión de la sangre humana. Demás está decir que no han sido ni son antropófagos.

Sus costumbres son sencillas y patriarcales : viven vida primitiva. Todo su gobierno se reduce á su capitán ó casique, cuyas decisiones son acatadas por todos, y que es por lo regular el más anciano de la tribu ó la más anciana, pues hay pueblos de indígenas regidos por viejas, que son unas archi-abuelas á quienes todos respetan y veneran.

El robo entre éllos no existe ; sólo los reducidos roban al blanco en cualquier descuido, pero no dinero ni cosas de gran valor, sino aguardiente ó bagatelas. Robarle al blanco es artículo de fé y de conciencia para el indio, porque se crée constantemente robado por el *racional*, y á fé que tienen razón. No son propensos á la criminalidad. En diez años he sabido de tres indios asesinados por indios. El uno lo fué por celos, el otro fué muerto en una riña en que estaban todos embriagados ; y al último le quitó la vida su cuñado, quien le atribuía la muerte de su hermana por brujería ó "daño": el indio jamás muere de

muerte natural sino por medio de "daño"; es decir, la mano invisible de un enemigo oculto le ha envenenado suministrándole raíces intoxicantes en elagua que ha de tomar ó en cualquier alimento; también son muertos á distancia por medio de conjuros, cantos y danzas misteriosas; á esto último le dicen *soplar*.

Llaman *dañero* al que suministra el *camajai* (veneno). El *dañero*, es un indio noctívago, que jamás aparece de día. Cuando las tinieblas imperan sobre el poblado, es la hora del *dañero*; entonces escuchan el agudo silbo que lanza y lo sienten en los patios de las casas: los perros aullan á la vista de tan siniestra aparición; y los indios aterrorizados atrancan sus puertas. Llaman *soplador* al que mata por medio de su influencia y relaciones con los *Máuaris*, ó espíritus infernales.

Cuando enferman se creen, naturalmente, envenenados con el *camajai*, y acuden á sus *chupadores* ó médicos en demanda de salud. El *chupador* entonces, se impone un ayuno riguroso y se lo impone también al paciente y comienza la operación de *chupar*. El *chupador* enguayucado y pintado de negro y rojo el rostro, pecho, espalda, brazos y piernas, y ostentando un vistoso plumaje

en la cabeza, pasa la noche entera al lado del doliente, murmurando palabras misteriosas y cantando de un modo gutural é ininteligible una especie de letanía monótona y lúgubre, acompañada de algo así como una danza sagrada y de raras y forzadas contorsiones, hasta quedar empapado en sudor y extenuado de fatiga. En la mañana siguiente aparece el *chupador* empuñando una maraca pequeña y emplumada; y con ella traza en el aire sucesivamente y con rapidez, figuras elípticas, semicírculos y líneas rectas, curvas y quebradas; agitándose para todos lados; apostrofando enérgicamente á espíritus invisibles, pidiéndoles poder para extraer el *camajai* de aquel cuerpo enfermo; y finalmente, absorviendo el *yopo*, especie de polvo narcótico, embriagador, revelador de lo desconocido, que lo sume en uno como éxtasis extra-terrígeno, en el cual se arroba, sin dejar de emitir sonidos guturales y extraños, que traen al corazón algo parecido á una sensación de miedo supersticioso. Terminada esta ceremonia se acerca al enfermo, le hace apurar un líquido con yerbas misteriosas, y, aplicando los labios al lugar donde tiene su imperio el dolor, hace allí succiones formidables. Y de aquel cuerpo

con *camajai*, con grande admiración de todos y mayor espanto del paciente, extrae el *chupador*, una piedra blanca, ya una culebra, ora un sapo, ó bien un ratón, ó cualquier otro animal ! La impresión del enfermo es terrible, pero la idea de que le han extraído del cuerpo el agente que le mataba, le trae en el acto una formidable reacción, preludio de una crisis favorable, que unida á las virtudes curativas de las yerbas tomadas de antemano, efectúa la pronta y rápida curación. Tal así es el poder de la sugestión que ejercen.

Nada tan sencillo ni tan natural como el matrimonio del indio. Apenas enamorado de su bronceada dulcinea, le manifiesta su afecto, no con versos, ni flores, ni lágrimas, sino con actos de destreza y de valor, demostrados en el trueno del raudal, ó en la cacería del tigre, del león y demás fieras de la selva. No habla del Parnaso ni de las musas, sino que en pocas palabras le dice que tiene su conuco, su rancho, su curiara y sus perros cazadores ; que todo esto será de élla al vivir con él ; que es hábil para la pesca y para la caza ; y que en su troje de asado siempre ha visto unidos á la danta, el laulau, la lapa, el chácharo y el picure. La india sencillamente le dice que acepta

su conuco, su curiara, su rancho y sus perros cazadores. Ya está dado el sí y el feliz hijo de la selva se dirige á sus futuros suegros y solicita la mano de la indiecita que por lo regular le es concedida sin dificultad. Hecho esto, recoje ella su ropa, que acomoda en una "guapa" y se vá para su nuevo hogar con su marido, quien lleva la "guapa" en la cabeza. No hay Concejo Municipal, ni cura, ni padrinos; no se fijan carteles ni se firman papeles, y sin embargo, la unión de estos dos seres es sincera, sólida y firme; y tienen sus hijos y viven juntos y felices toda la vida y se guardan fidelidad. ¡Qué lección de moralidad para nosotros, que la quebrantamos á despecho del Concejo Municipal, del cura, de los papeles firmados y de los juramentos!

Cuando nace el hijo, no es la madre quien guarda cama y dieta sino el padre. Tienen la idea, de que si el padre come ciertos alimentos y frutas se le declaran al niño enfermedades cutáneas; y si revienta (rompe) bejucos ó corta ó hiere cualquier cosa, es motivo de inflamación para el ombligo del recien nacido. Casi inmediatamente después del parto, la india se vá al río para bañarse y lavar á su hijo. La partera entre ellos es inútil. Para la india, el dar á luz no es

motivo para interrumpir sus trabajos en su conuco, ni sus faenas diarias. El nene tampoco es sujeto á ningún cuidado especial; él es llevado al conuco por la madre que lo carga en las espaldas metido en un *catumare*, y allí, como ella, soporta los rigores del sol y de la plaga.

El conuco es lo más grave y trascendental que tiene el indio, como que de allí depende su alimentación y la de su familia, porque entre ellos no existe el "mercado". Viven del conuco y de sus excursiones de pesca y de caza. A los doce ó catorce años ya el indio es apto para ayudar á su padre ó deudo, y así le acompaña á derribar la roza. Al hacer por primera vez este trabajo, ya entra en la categoría de hombre, y este notable acontecimiento es celebrado con una ceremonia en que el jóven indio es puesto en ayuno por varios días, y separado de la familia; y para el efecto le construyen una choza en el bosque, cerca de la casa. El cuarto ó quinto día el padre ó deudo más próximo le aplica dos latigazos y entonces todos los parientes se dan látigo unos con otros. Las mujeres están excluídas de esta *fiesta*. Desde el mismo instante de la felpa, el indiecito es considerado en su casa y en su tribu como un hombre; y

tiene derecho de buscar mujer y aún hasta para formar hogar separado.

El indio jamás regaña ni le pega al hijo, salvo cuando vá á derribar la roza por vez primera que le da los dos latigazos; pero estos son latigazos religiosos en cumplimiento de costumbres y tradiciones antiquísimas.

El respeto entre ellos á la propiedad es escrupuloso. El pollo ó el perrito del recien nacido no lo venden los padres á ningún precio. La propiedad de la mujer es sagrada para el marido y viceversa. Los padres no disponen de lo que pertenece á los hijos y éstos no tocan lo que es de aquéllos y así sucesivamente. Esta es una costumbre que parece haber sido tomada de los blancos, pues entre los primitivos aborígenes la propiedad era común y aún lo es hoy entre los no reducidos.

No se engañan jamás entre sí; siempre se dicen la verdad. De allí viene la facilidad para engañar al indio, pues cree todo lo que se le dice. Entre ellos no existe la chanza ni la broma, y es perjudicial chancearse con éllos porque todo lo toman en serio, y si la chanza es de amenaza, huyen todos y dejan el poblado solo.

El carácter del indio es reflexivo, taci-

turno y retraído. La inmensidad de los rios en cuyas riberas se levanta su choza solitaria; la imponente soledad de las selvas seculares, que por doquier le rodean donde habitan el jaguar, el león y todos sus enemigos; el eterno silencio en torno de su cabaña, á veces interrumpido por el bramido del huracán ó el rujido del tigre; y los peligros y dificultades que á diario tiene que vencer para subsistir el bronceado hijo de la floresta, en el regazo de esa madre peligrosa é impasible, contribuye poderosamente á la formación de ese carácter estóico, retraído, taciturno y reflexivo. Es desconfiado, por la costumbre de sus marchas cautelosas en los bosques poblados de enemigos. Es poco locuaz y comunicativo, por el hábito del silencio profundo, horas y días enteros, en vigilante acecho, escuchando los ruidos de la selva para adivinar la danta, el venado, la lapa, el cháchare, el báquiro ó el tigre. Sólo embriagado, momento anómalo de su existencia, se le vé conversador y expansivo, bailador y enamorado.

Llaman al blanco *yaránabe* y le odian con ese rencor profundo y disimulado de la raza conquistada á la raza vencedora. Este odio, como el fuego sagrado de Vesta, es mantenido latente en sus tradiciones, sus

costumbres é idiosincracia, diametralmente opuestas á las nuestras. La india misma cuyo sueño dorado es vivir con "blanco", jamás olvida la diferencia de raza; y siempre dirá, hablando de su marido: *"ese yaránabe,"* y hablando de cualquier indio *"éste mi primo."*

Cuando la india ha llegado á la edad núbil y aparece la primera manifestación del período crítico, lo participa en el acto á la madre y en su defecto á la que haga sus veces. Este es un grande acontecimiento en la familia y la tribu, y las fiestas de *Máuari* ó del diablo son de rigor en este caso. Al efecto, los hermanos ó parientes se van al bosque y de las palmas del *cucurito*, *manaca*, *seje* ó *chiquichique*, tejen una estera de dos varas de largo por una y media de ancho, poco más ó menos, donde sientan á la indiecita, quien debe permanecer allí cinco días consecutivos ayunando y en vigilia, porque de noche le forman un gran ruido de gaitas y tamboriles. Lo más que le suministran en esos días de ayuno y de insomnio, son pedacitos de casabe que le arroja la madre ó pariente á varios pasos de distancia y con palabras irritadas al parecer. El cuarto día en la noche se congrega toda la tamilia ó tribu en la casa de la in-

teresada, y aparece el *piache*, especie de sacerdote, adivino ó brujo. Y todos en cuclillas forman un círculo en cuyo centro está el *piache soplando* ó exorcizando la *yucuta*, que es un carato de *mañoco* ó sea harina granulada de yuca mezclada con agua. Y toda la noche la pasan alrededor de esta *yucuta*, entonando el *piache* un canto singular al que hacen coro todos los indios reunidos. A la mañana siguiente administran la *yucuta* á la bronceada vestal. Y este acto hace época en su vida, pues desde ese instante queda considerada como una mujer apta para el matrimonio; y ya se han clavado en ella las eróticas miradas de los mocetones indios allí presentes. Terminada la ceremonia de la *yucuta* viene la del látigo. En un taburete hecho *ad-hoc*, sientan la virgen selvática, desnuda de la cintura para arriba y pintado el cuerpo de rojo y vienen los consejos. El más viejo ó más respetado entre éllos se le acerca ostentando en la diestra un látigo de torcida *curagua* (especie de pita) que termina en la punta con un agudo diente de caribe; y en su lengua *baniba*, incomprensible para la generalidad de los blancos, así le habla: "Todo indio es tu pariente ó es tu amigo: todo blanco es tu enemigo; es el enemigo de tu raza. Si

un indio llegare hambriento á tu casa, dale de comer; si llegare sediento, dale de beber; si llegare con frío, dale un puesto al lado de tu fogón. El indio es tu amante natural; á él le darás tu corazón y tu cuerpo sin interés. El *yaranabe* es un intruso entre nosotros, venido de su tierra para arrebatarnos la nuestra; si él solicitare tu amor, dale tu cuerpo no tu corazón, y hazle pagar caro por ello; pues todo lo que él dé, solo es una mezquina devolución de lo que nos ha quitado." Estos y otros consejos son dichos á la indiecita en un tono solemne, en presencia de toda la tribu, que escucha en silencio respetuoso, lo que en el fondo no es otra cosa que el odio profundo contra el *yaránabe*, abriendo cráter y explodiendo. Terminados los consejos el indio viejo se acerca á la jóven y le aplica dos rudos latigazos, que cortan el delicado cuerpo de la muchacha debido al agudo diente de caribe que tiene en la extremidad; y después la levanta del asiento agarrándola por la cabeza. Y todos entonces hombres y mujeres, desnudos de la cintura para arriba, y empuñando cada uno un látigo, se flagelan recíprocamente sin contemplaciones por el sexo ni la edad. Aquello se convierte en una verdadera batalla de cuerazos, allí no esca-

pa nadie; hasta á los recien nacidos les toca su parte. Terminada la ceremonia del látigo van los indios á refrescar sus cuerpos ó restañar su sangre, (pues el diente del caribe hace el efecto de un afilado cuchillo) en las magníficas aguas del negri-rojo Guainía.

El ayuno que le imponen á la jóven es acaso con el objeto de hacerla sentir los dolores del hambre, de modo que sepa que es necesario trabajar para precaverse de ella. La vigilia es con el fin de hacerla ver lo duro y desagradable que es velar, y que debe, de consiguiente, ser buena hija para con sus padres, que para criarla pasaron muchas noches de insomnio. La *yucuta* "soplada", es decir, purificada, que le dan á tomar significa que tan pura como esa *yucuta* deben ser sus acciones para con sus parientes, es decir, sin engaño ni mentira y mala fé; y finalmente, los latigazos que le aplican simbolizan el dolor del castigo que le espera si procediere de manera contraria. Los latigazos de los parientes entre sí, tienen el mismo simbolismo.

En la noche se reunen todos en la casa del baile, que es por lo general, la choza más espaciosa del pueblo, alumbrada por resinas encendidas aprisionadas en secas conchas (cortezas) vegetales. Y allí en ple-

na sala se mira una gran curiara llena del tradicional *yaraque*, bebida compuesta de la masa de yuca fermentada. Y se escuchan ya las gaitas y carrizos modulando sus dejos melancólicos y tristes, como la tristeza de la raza vencida, cuando de súbito un espantoso concierto venido de la selva, hiela en las venas la sangre y pone espanto en el corazón, pues parece que todas las fieras y animales del bosque, han invadido el poblado El *Máuari*, es el diablo, que se aproxima á la casa del baile seguido de un séquito en que cada uno representa un animal, y viene rugiendo, aullando ó cantando, según su representado, con inimitable perfección.

Rápidas como corzas huyen las indias á ocultarse, pues la que sea suficientemente desgraciada para mirar al *Máuari*, perderá inexorablemente la vida, y la matarán sus mismos padres, ó su marido, ó su hijo ó hermanos; porque de acuerdo con sus ritos la mujer que vea al *Máuari* debe morir, y esta ejecución queda encomendada á sus deudos más próximos, que la ejecutan con eficacia y celo. ¡ Cuán terrible es el poder de la tradición y las costumbres!

Á poco aparece en la sala el *Máuari*, que es un indio vestido de tal; completamente

cubierto el rostro por una máscara, ostentando en la cabeza un gran *caramero* de cuernos de venado; enguayucado y pintado el cuerpo de negro, lo que le dá un aspecto infernal y siniestro. Su horrible comitiva viene disfrazada según el animal que representa. *Máuâri* da varias vueltas por la sala seguido de su espantoso séquito, que un momento no deja de rugir, aullar y gritar, según su representación; y todo esto acompañado por los *yapururos*, botutos largos y delgados de sonido fuerte y bronco, que se oye á gran distancia, y que en el silencio de la noche remeda algo así como un quejido de la selva.

Concluye el baile de máscaras, se ausenta el *Máuari*, y poco á poco van apareciendo de nuevo las indias en la sala de la fiesta, donde bailan el *curumare*, la *palometa*, el *pavón*, el *laulau*, el *pilón* y otras danzas indígenas, singulares y caprichosas, que son llevadas á efecto al son de gaitas, tamboriles y carrizos.

El baile dura toda la noche y sólo termina cuando todos, hombres y mujeres, completamente embriagados yacen por el suelo, es decir, cuando el *yaraque* fermentado hace su efecto.

El siguiente día por la mañana, todos en

cuclillas y presididos por su capitán, van tomando y pasando unos á otros la totuma llena de la famosa *cupana*, el gran reconstituyente indígena especie de coca de los peruanos; y después de rememorar los grandes acontecimientos del día anterior, se marcha cada cual á su conuco, á su trabajo diario, y el único recuerdo que queda de las fiestas de *Máuari* es la cicatriz en sus bronceados cuerpos de la cortadura del diente del caribe.

Cuando un indio muere, no hay duda, que el *dañero* le arrebató la vida con el *camajai*. Apenas ha expirado le cortan un bucle de pelo, las uñas de las manos y de los piés y le sacan la piel de los talones. Esta operación la hacen los parientes en secreto y guardan todo esto con el mayor cuidado. Tan pronto como es conocido el fallecimiento en la tribu, se llena de gente la casa mortuoria y comienzan los *lloros*. Estos *lloros* son una ceremonia como cualquiera otra, y con sus reglas, su armonía y su compás, traen á la memoria las plañideras de antaño.

Las mujeres se sientan en el suelo formando rueda, y la madre, esposa ó hermana del difunto ocupa el punto céntrico. Entonces empieza la doliente, en forma de

canto fúnebre, una como biografía del muerto y una dolorosa lamentación de las ventajas perdidas por la muerte del deudo. Tras la narración, en este canto extraño de cada hecho del finado ó la queja de la pérdida de una ventaja, contesta el coro de mujeres con sollozos sin lágrimas. y gritos y alaridos sin sentimiento. Esta ceremonia dura el primer día ocho ó diez horas, y después de enterrado el cadáver, de tres á cuatro horas diarias en los subsiguientes, durante un mes, al cabo del cual se *llora* cuando por cualquier circunstancia viene á la memoria el recuerdo del difunto. Y es el caso, que si en esos momentos alguien propone un baile, se le contestará placenteramente que al terminar el *lloro* bailarán. Y en efecto, yo he visto, inmediatamente después del primer *lloro*, y el cadáver aún tendido sobre una tabla, á los deudos más próximos del finado bailando alegremente; y al preguntarle porqué lo hacían, me han respondido que estaban alegrando su tristeza. Los indios no lloran, pero beben, y ya ebrios, gritan, discuten y tocan instrumentos, lo que unido al *lloro* forma un bullicio que á distancia remeda una alegre fiesta. El cadáver, después de velado, lo entierran en la casa pues esa es

la costumbre: no usan cementerio. Se entiende, los no reducidos ó que no viven en poblaciones.

Allí concurre también el *piachi*, quien pasa noches enteras en diálogo misterioso, con espíritus invisibles pidiendo una "buena vida" en la otra vida para el indio fallecido.

A los pocos días emprenden los parientes el gran viaje para llevar el *sucio* al río Bichada donde reside un dios guahibo especie de hechicero cuya gran fama vá hasta las márgenes del Amazonas. Este *sucio* que van á llevar, es el pelo, las uñas y los pellejos del talón quitados al difunto; también llevan escopetas, baúles, telas y víveres para recompensar al dios bichareño.

El viaje dura de tres á cuatro meses de ida y vuelta, pues esta divinidad terrenal mora á gran distancia del Guainía. Una vez en presencia del famoso brujo ponen el *sucio* á su disposición, y también los regalos que ufanos le llevan. Entonces el brujo absorve el *yopo*, en solicitud de la inspiración, para ponerse en contacto con los espíritus infernales y adivinar lo desconocido. Una vez *enyopado*, comienza á fulminar furiosos anatemas contra el *dañero* que mató al dueño del *sucio*; y lo *sopla* desde allí, es

decir, le envía la muerte por medio de su influencia con los espíritus invisibles.

Los parientes del muerto regresan tranquilos, comprendiendo que su deudo está debidamente vengado. Y al llegar de nuevo á su pueblo preguntan quién ha muerto, durante su ausencia, por esos contornos. Si alguien ha muerto, ese es el *dañero* ; y si no ha muerto nadie, el primero que muera es el envenenador ! De este modo jamás se perjudica el crédito del dios del Bichada.

El indio crée en Dios, pero no le teme porque tiene de El la idea de que es un viejo bonachón é indolente ; crée también en *Máuari* (el diablo) por quien siente un pánico profundo. A éste último le hace fiestas rumbosas para tenerle contento y agradado, porque siendo el genio del mal, no es prudente ni político irritarlo.

La religión del indio es una extraña amalgama de sus creencias primitivas y de los dogmas del catolicismo romano, que les inculcaron los misioneros españoles.

Creen en la inmortalidad del alma, y que al morir van á un bello lugar donde hay muchos ríos llenos de toda clase de peces, pululando en grande abundancia, que se pueden coger con la mano ; selvas espléndidas llenas de toda especie de animales,

gordos fáciles de cazar; gigantescos conucos donde crecen espontáneamente la yuca, el plátano, el mapuey y todo género de verduras, sin trabajo y sin cultivo; y finalmente, allí encontrarán al *yaránabe* convertido en su humilde y sumiso esclavo, y allí le castigarán su arrogancia, sus maldades y sus rapiñas terrenales.

Los indios moran en pueblos ó en sitios, pero generalmente en los últimos, que son cabañas solitarias levantadas en el regazo de la floresta, cerca de la orilla del río ó del caño. Sus casas en el poblado son embarradas; las del sitio, por regla general, no lo son, y las componen, por lo común, un solo aposento, que es á la vez sala, dormitorio y cocina; allí reciben, cocinan, comen y duermen, y allí, con beneplácito de los padres, realizan las hijas matrimonios fugaces.

Es cosa singular la idea indígena á este respecto. La india soltera tiene plena libertad de acción. Su belleza y sus encantos son patrimonio exclusivamente suyos; es su capital, del cual ella puede y debe sacar el mayor provecho posible. Sus atractivos deben proporcionarle ropa y la satisfacción de todas sus necesidades.

El indio reducido no cela á su hija por-

que esto sería perjudicarla, é impedirle que gane su ropa, jabón, sal y demás elementos necesarios á la existencia. Y esto se explica por el hecho de que al llegar el hijo á los doce ó quince años, ya los padres cesan de cubrirle sus necesidades, y tienen los hijos que proporcionarse lo que necesiten. Lo único que queda en común es la casa y la comida, pero los hijos tienen que contribuír á la primera, componiéndola cuando sea necesario, y á la segunda, buscándola en el bosque ó en el río, ó cocinándola si es hija.

Mientras mayor es el número de hombres que la solicita y la posée, mayor es el crédito de ella, porque esto es una alta recomendación para su persona; y no tarda en aparecer un marido, lo que cambia de un todo la vida de la india, que se concreta entonces á su esposo y á su nuevo hogar y le guarda fidelidad. El indio para casarse busca generalmente una mujer que ya haya paladeado los placeres del amor, porque él desea como lo manifiesta, "*vivir con una guaricha que ya sepa bueno lo que es hombre.*"

La deshonra de la india no consiste en la pérdida de la virginidad, ni en sus múltiples relaciones amorosas, sino en su incapacidad ó indolencia para el trabajo del conu-

co, en su desaseo, ó en su negligencia para las faenas domésticas.

La india usa raíces y hojas llamadas *pusanas*, y se las administra al hombre en las bebidas y comidas. Crée que estas plantas tienen la virtud de aumentar hacia élla el afecto del amante ó del marido; crée que bajo la acción de estas raíces, el marido no puede olvidarla ni abandonarla; y si hace algun viaje, al recordarla llorará amargamente y regresará incontinenti á su lado á rendirle amor.

La creencia en la *pusana* es general en el Territorio Amazonas. Yo creo que la *pusana* es una planta que ejerce acción debilitante sobre el cerebro, y abate de consiguiente el carácter y las energías del hombre, poniéndole en condición de ser dominado por la mujer.

He visto *racional*, arrojado de la casa por su guaricha, y detenerse vacilante en el dintel y llorar como un niño para ser admitido nuevamente. En otros es tal el poder de la india, que son abofeteados é insultados por ella al menor disgusto, y entonces, para contentarla, recorren al expediente de la vileza más canalla. A otro, la india le es infiel, y no se lo oculta, sino que se lo declara al menor altercado, diciéndole que lo

hace para verse libre de su presencia y de su compañía; y el hombre entonces convertido, en raudal de lágrimas, le suplica que no lo haga más y que tenga lástima de él que tánto la idolatra. ¿Será esto efecto de la *pusana* ó de una abyección del carácter?... No lo sé; lo cierto es que sucede así....!

Hay *pusana* para todo: para que la pesca sea más abundante: para encontrar cacería con facilidad: para apaciguar una persona colérica; y para obtener lo que se pida. Como es muy grande la variedad de *pusanas*, cada una de ellas se aplica para un caso especial.

El matrimonio del indio es una sociedad perfecta entre él y la mujer. Juntos comparten todas las fatigas, aún las mayores, y y juntos realizan todos los trabajos aún los más duros. Si el indio viaja, él irá de marinero en la proa de su curiara y en la popa irá su esposa sirviendo de piloto, y afrontarán unidos los peligros de los raudales, de la navegación y los rigores del sol y de la lluvia. Por eso jamás el indio contrae una obligación, ni compra, ni vende sin consultarle á su mujer y tener su aprobación.

Entre los indios no existe el beso, ni el abrazo, ni se dan la mano para saludarse.

Cuando llega el pariente ó el amigo á la choza, aún cuando tenga mucho tiempo de ausencia, le hacen el saludo diciéndole simplemente: *¿ Ya tu llegaste ?* á lo cual el recienvenido contesta: "*Sí, ya llegué.*" Entonces le traen la totuma colmada de *yucuta* y se traba la conversación, que empieza por monosílabos y se vá animando gradualmente, hasta que el visitante toma la palabra de firme y refiere los pormenores más minuciosos é insignificantes de su viaje. Terminada la visita, se despide de los circunstantes diciéndole á cada uno: *¿ Vámonos ?* á lo que le contestan : *Vamos !*

El indio no cría, vive de la pesca y de la caza. Por eso su hogar es una mezcla extraña de abundancia y de miseria, sobre todo de lo segundo. Cuando nada le proporciona el monte ni el *cacure* (trampa para coger peces) pone al fuego una ollita llena de agua con mucha sal y más ají, hasta desleirse éste á fuerza de hervir. Entonces retíran dicha olla del fuego y en cuclillas forman rueda alrededor de ella ; y en su picantísimo contenido va mojando cada cual su casabe, hasta agotarse por completo este urentísimo potaje. Después beben *yucuta* en abundancia ; y ya está el indio satisfecho con el día.

En estas cuestiones materiales, el porvenir para ellos no existe; el pasado tampoco; su culto es para el dios presente. Todo lo gastan en un día, nada guardan para mañana. Al hijo le aseguran la vida enseñándole á cazar, á pescar, á construir un rancho, una curiara, ó á derribar la roza y á tejer *cacures*, *cebucanes*, *manares* y otros artefactos indispensables á sus necesidades y para el trabajo de la yuca. Esta enseñanza es la herencia que legan á sus hijos, porque estos conocimientos les dan la vida y la comodidad en la selva, lo que no obtendrían con los libros y la educación. Su numeración es muy incipiente: apenas si saben contar hasta el 2, aunque ya hay muchos reducidos que cuentan en castellano.

El indio es el hombre de antaño con todas sus costumbres y tradiciones primitivas; en él viven todas sus generaciones pasadas; él es algo así como una protesta viva de los siglos ya idos, contra los falsos principios de la civilización, del progreso y del adelanto modernos; él representa la Venezuela aborígen y merece toda nuestra simpatía, porque ¿quién en la República, siendo hijo del país, podría negar absolutamente su parentesco con él?

Rionegro (Venezuela) 1907.


UDAD BOL